

UNA PROPUESTA DE ESPIRITUALIDAD PARA EL CATEQUISTA

El Magisterio Latinoamericano leído y analizado presenta de modo indirecto una rica espiritualidad del catequista que se ha venido desarrollando, aunque continúa siendo un reto por cumplir de modo más específico en la puesta en práctica del ámbito pastoral.

A. “Nuevo rostro para la catequesis”

Los Obispos latinoamericanos en la Conferencia de Santo Domingo han invitado a la Iglesia a aplicar en sí misma una nueva espiritualidad, que parte de la nueva evangelización (SD 45), propuesta que retoman las anteriores Conferencias llevadas a cabo en el Continente, estudiadas y planteadas por el DECAT y actualizadas en la última conferencia de Aparecida.

Desde estas propuestas, surge la pregunta sobre lo específico por aplicar en la vida del catequista, pues existen características particulares que se deben tomar en cuenta para la vivencia de este ministerio. La vida cristiana por la acción del Espíritu Santo da paso a formas de espiritualidad que se configuran de manera diversa, producto de una gracia y un carisma para la comunidad entera, por medio de espiritualidades específicas, de maneras particulares de sintetizar vitalmente los valores cristianos y de la experiencia de vida en la totalidad del evangelio.¹

De este pluralismo en la diversidad de los carismas surge, sin lugar a dudas, la espiritualidad del catequista que, desde el Magisterio latinoamericano, se propone como la vida cristiana, con su raíz común en la vocación bautismal que procura madurar y perfeccionar los rasgos propios que le identifican en su misión, configurándolo radicalmente con Cristo, como su testigo y profeta, maestro y educador de la vida del cristiano.²

B. Un exigente camino espiritual

La Iglesia es una comunidad de peregrinos, por lo tanto “ya” está en camino hacia la perfección, pero “todavía no” está del todo realizado. Por ser el catequista este peregrino que se encuentra en el debatido de ese tiempo escatológico, de un “ya, pero todavía no”, experimenta sus limitaciones y las gracias que Dios le otorga con el reconocimiento de lo exigente que es su servicio ministerial.

Como su mismo Maestro y Señor Jesucristo, a quien imita, sigue y predica, su vida se convierte igual que la de Cristo en signo de contradicción, en una vida que se distingue por el esfuerzo, sacrificio y la abnegación con que se realizan todas las cosas.³

La vida del cristiano, en particular la del catequista, ha de distinguirse por el deseo de seguir a Cristo, en medio de esa entrega continua de la donación de sí, como lo

¹ Cf. RUIZ SALVADOR, *Caminos del Espíritu, Compendio de Teología espiritual*, 688-699.

² El significado de estos términos que los Obispos utilizan reiteradamente en las distintas Conferencias, expuesto en el punto anterior, se puede analizar en: Cf. SORAVITO, *Catechista*, 127-128.

³ Cf. SD 41.

hizo Él, que es el Maestro y Señor. Quien lo quiere seguir debe tomar su cruz⁴ consciente de las consecuencias que se contrae al cargarla.

1. Particularidades de este camino espiritual del catequista

En el análisis del recorrido histórico y cronológico realizado de los textos del Magisterio Latinoamericano, se concluye que no se ofrece una definición explícita de espiritualidad del catequista como tal, sin embargo, se obtiene una serie de elementos reiterativos que me permiten plantear qué se entiende y propone desde este contexto particular de la Iglesia universal.

- Vida de conversión.
- Sentido de ser Iglesia. Vive la unidad con Dios y con el prójimo,⁵ en comunión y participación, que le hace capaz de experimentar un amor Trinitario, una vida de fraternidad y de eclesialidad.
- Vive de la Palabra, por ella se deja transformar pues es su alimento.
- Respeto a la cultura. Dejándose guiar por el Espíritu Santo, sabe distinguir los signos de los tiempos, pues encuentra en la cultura de las comunidades las “semillas del Verbo”.
- Profeta. Se reconoce llamado, con una vocación particular y anunciador de un mensaje que no es suyo.
- Maestro en la vocación, educador de sus hermanos, que como fiel anunciador de la Buena Nueva no cesa de enseñarla⁶, modelo y guía para quien catequiza.
- Vida de oración⁷ alimentada por la gracia de los sacramentos que son oraciones por excelencia, que inicia en la Eucaristía.
- Obediencia en la fe que se manifiesta en la feliz transmisión del mensaje a través de una triple fidelidad a Dios, a la Iglesia y al hombre latinoamericano. Obediencia como la de Cristo que fue obediente hasta la muerte⁸, por ello el catequista asume los valores de la abnegación, generosidad y el sacrificio.
- Comunicador de esperanza. Su servicio se destaca en muchos momentos por el trabajo silencioso, abnegado, humilde, de alegría y esperanza como el de María Santísima.
- Vivencia de la caridad, de la promoción humana⁹. Que nace de ese contacto con la Palabra, produciendo así las obras del Amor, su vida se torna un servicio al más necesitado, al hermano más pobre.

⁴ Cf. Mt 10, 38-39, Lc 14,27.

⁵ Cf. Jn 17,21-22.

⁶ Cf. Hech. 5, 42.

⁷ Cf. Rm 12, 9-13.

⁸ Cf. Flp 2, 5-11.

⁹ Cf. Mt 25,31-40.

2. Cómo llevar a la práctica este camino

Se hace imperante el proveer a los catequistas de una adecuada formación que sea la base para que se conviertan en verdaderos educadores de la fe.¹⁰ Esto implica una práctica que parte de su existencia, que solo se puede asumir en la medida que sea sal y luz del mundo, por la conformación que paulatinamente se va teniendo de Cristo en su vida.

Los “bloques” generales (denominados con este término para indicar los varios aspectos que abarcan la vida espiritual) que un catequista ha de ejercitar para llevar a cabo un itinerario de formación espiritual son:

- Sacramentos. Dentro del ámbito latinoamericano, la vida sacramental es de fácil práctica, por contar con una población mayormente católica, el desafío es el no quedarse en lo externo del rito, sino profundizar, conocerlo y vivirlo. Existe en los documentos la invitación constante a la conversión, a una vida reconciliada y coherente con los valores evangélicos.
- Perseverancia y fidelidad. La vida misma es un proceso compuesto de diferentes etapas, que se logra por medio del tiempo que se le dedica a una determinada actividad. La perseverancia es virtud que produce fortaleza, experiencia, madurez y más que un hábito rutinario, el amor y el gusto por los valores de la vida espiritual,
- Oración. Es el instrumento privilegiado del crecimiento espiritual, y de la vitalidad espiritual.¹¹ Sea personal o comunitaria, es comunicación con Dios, “... en el fondo del corazón humano se vive una secreta oración; el hombre no lo sabe, pero hay algo misterioso en su alma que le empuja a rezar como puede, según su entender.”¹²
- Palabra de Dios. Para que el catequista viva de la Palabra de Dios, primero comienza a escucharla, leerla, meditarla y contemplarla, así “aprende la pedagogía de Dios y de Jesús, para ser, entre otras cosas, humilde, respetuoso y paciente”¹³.
- Comunión. El catequista vive, ama, crece, se santifica, sufre, se compromete, espera con la comunidad, con su familia que es la Iglesia, fundada en la fe en el único Señor Jesucristo.
- Dirección espiritual. Caracterizada por la disponibilidad, serenidad y abandono en Dios, para ir descubriendo su santa voluntad en la vida, a través del apoyo y la guía que encuentra en un director espiritual.

¹⁰ Cf. SEDAC, *El paso de algunos católicos a las sectas fundamentalistas en Centroamérica*, 114-120.

¹¹ Cf. Charles André BERNARD, *L'aiuto spirituale personale*, Roma, Editrice Rogate⁴, 1994, 133.

¹² Cf. *El Peregrino Ruso*, 113.

¹³ *Ibid*, 219.

- **Inculturación.** La presencia de los “gérmenes del Verbo” imbuidos en las culturas es una riqueza que el catequista tiene la capacidad de valorar, descubrir y aprovechar en el ejercicio de su ministerio.
- **Ejercicio de la caridad.** Por tener la experiencia de la salvación en su vida, todo catequista puede ofrecer un verdadero testimonio¹⁴, que se refleja con la coherencia de sus actos y la virtud de la caridad¹⁵.

Estas 8 características señaladas como un itinerario a cumplir con el fin de llevar a la práctica la propuesta del Magisterio latinoamericano ofrecen al laico catequista una primera perspectiva de lo que debe ser el ideal de su vida espiritual. Ser el “alma” del mundo en que vive comunicando la Verdad que es Jesucristo y viviendo en profundidad la compañía del hombre dentro de las tramas de la historia¹⁶ con el fin de hacer a los demás partícipes de las riquezas del Reino de Dios aquí en este mundo.

TRABAJO EN GRUPOS:

- Lectura meditada de este artículo.
- Luego de la lectura, escojan una de las 8 características señaladas y elaboren una propuesta práctica a llevar a cabo en la Formación del Catequista.

¹⁴ Cf. DAMU, *La spiritualità del catechista*, 24.

¹⁵ Cf. Col 3,12-15.

¹⁶ Cf. Agostino CLERICI, *Chiamati a essere l'anima del mondo*, en «Via Verità e Vita», Roma, Paoline 187 (2002), 19.